

va estatua de plata (1). Un batelero de Meaux fué llevado al suplicio por haber dicho que la Virgen no tenía más poder que una imagen, pues esta cuestión del culto de la Virgen era una de aquellas que, precisamente por ser muy sencilla, mejor caracterizaba la lucha entre católicos y reformados.

En aquel entonces (1529) fué ajusticiado Berquín (2), quien había comparecido ya dos veces ante el Parlamento, en 1523 y 1526, y sólo se había salvado merced á la intervención del rey. Acusábasele de luterano y libre pensador, pero la Sorbona le guardaba rencor especialmente por sus relaciones con Erasmo y por los sarcasmos que había lanzado contra ella. Dotado de un carácter enérgico, entero, no admitía las contemplaciones; consideraba inicuas las dos instancias contra él entabladas, y cometió la imprudencia de pedir reparación del proceso de 1526 y de llevar al Parlamento doce proposiciones sacadas de los libros de Beda contra Erasmo y Lutero. Al principio, el Parlamento le guardó ciertas consideraciones: «Berquín iba y venía por el patio de la Conserjería, como si sólo hubiese estado preso por asunto civil;» pero cuando se cogieron á uno de sus criados cartas comprometedoras que fueron entregadas á Beda, vióse sometido á un régimen más riguroso. Además, el papa se declaró contra él en el momento en que los fracasos de Italia «abatían» al rey. Condenado á hacer pública confesión de su delito y á ser encarcelado «entre dos paredes de piedra», Berquín apeló de la sentencia; al día siguiente, á las nueve de la mañana, reunióse el tribunal, y una hora después dictaba contra él la pena de muerte. «Lo que se hizo y despachó aquel mismo día, con gran diligencia, á fin de que no fuera socorrido por el rey ni por Madama la Regente, que entonces se encontraba en Blois.»

Por primera vez el Parlamento y la Sorbona osaban mostrarse resueltamente independientes de Francisco I, y aun, en realidad, le indicaban que él era quien estaba bajo la dependencia de ellos. A partir de aquel momento, si hay todavía ideas y doctrinas moderadas, no existe ya partido que las defienda, ni gobierno que las proteja; falta en absoluto un término medio entre la sumisión completa y la rebeldía declarada.

CAPÍTULO II

LA REFORMA MILITANTE

I. Estado religioso de Francia.—II. Calvino.—III. Los pasquines de 1534.—IV. Lucha abierta contra la Reforma.—V. La Reforma y el Renacimiento.

I.—Estado religioso de Francia

Entre 1530 y 1536 toman resueltamente posiciones una enfrente de otra las dos confesiones, católica y protestante.

El partido más fuerte y el único verdaderamente organizado era el partido ortodoxo, el cual, negándose á toda reforma, había conquistado el medio de acción

(1) En realidad era simplemente de madera con una capa de plata.

(2) R. Rolland, *Le dernier procès de Berquin*, «Mélanges d'archéologie et d'histoire des Ecoles de Rome et d'Athènes», tomo XII, 1892.

vigoroso, que es siempre consecuencia de creencias muy fijas y firmes. En el concilio de Sens acaba de formularse una especie de catecismo, en pro del cual estaban la facultad de Teología y el Parlamento, dos imponentes entidades que ponían á su servicio la coalición de la ciencia canónica y del derecho. Contaba además con el apoyo de todos los que no querían verse perturbados en la posesión de las posiciones adquiridas, y tenía la ventaja de hablar y obrar en nombre de los principios de conservación así social y política como religiosa.

En sus nóminas oficiales figuraban también personajes ilustrados, moderados, que comprendían la necesidad de corregir los abusos más graves y que, sin embargo, estaban dispuestos á mantener la unidad católica: obispos como Juan y Renato du Bellay ó Juan de Montluc, y hombres de Estado como Guillermo du Bellay.

Los primitivos partidarios de Lefevre de Etaples estaban fuera de este catolicismo, pero no formaban un partido ni una secta, sino que ya en 1530 se habían disgregado y dividido en reformadores pacíficos, cada día menos numerosos, luteranos y libre pensadores.

Los luteranos no tenían aún en Francia organización ni jefe: habían recibido las doctrinas de Lutero cuando ya se encontraban en estado de dispersión, y en muchos de ellos las tales doctrinas se habían fundido con las de Lefevre de Etaples ó, por el contrario, habíanse impregnado de las ideas de los zuinglistas; de manera que había quizás tantos luteranismos como agrupaciones, y la inteligencia entre éstas no traspasaba los límites de una ciudad ó, á lo sumo, de una región: existían, pues, creencias, pero no una religión propiamente dicha.

Los registros de la facultad de Teología indican que en cuanto al dogma y á la disciplina todo fué discutido por los reformistas, pero no en un mismo momento, ni por el mismo hombre ni en la misma obra. Pueden, sin embargo, señalarse algunos puntos en los que todos coinciden: primeramente en el espíritu de oposición á la facultad de Teología y á las doctrinas llamadas papales, y en segundo lugar en la crítica de las opiniones admitidas, hecha unas veces en nombre de la fe, otras en el de las Escrituras y otras en el de la razón. Pero para ellos el fundamento principal es siempre la Escritura, y sus fórmulas consagradas son: «la Escritura no dice, no encontramos en la Escritura.» Hay en esto un sentimiento combinado de libre crítica y de ingenua sencillez que explica que la Reforma haya sido á la vez la doctrina de los eruditos y del vulgo.

A todas estas novedades la facultad de Teología contesta imperturbablemente con la simple afirmación de herejía: «Esto no está en la Escritura,» dicen los reformistas; «lo que decís es herejía,» responde la Sorbona, es decir, la autoridad enfrente de la discusión (3).

En cuanto á los librepensadores y á los escépticos,

(3) Cuando el Parlamento de Tolosa procesa á algunos reformados presos en 1530, la acusación les reprocha que no creen más que en la Escritura, que rechazan todos los artículos añadidos por la Iglesia romana, que declaran vacante la Sede de Roma, que no admiten el Purgatorio, que protestan contra el abuso de las indulgencias, que niegan la eficacia de las oraciones á los Santos, que no admiten el libre arbitrio y que afirman la justificación por la fe.

tan poco les agradaba la Reforma como el catolicismo, mejor dicho, sentían por ambas formas de creencia análoga aversión; pero eran pocos en número y estaban completamente aislados; el escepticismo seguía siendo algo puramente individual que todos los partidos por igual detestaban (1).

La mayor parte de los eruditos, de los letrados, de

mayor parte á dejarse llevar por la corriente de las doctrinas oficiales; por otro, la alta burguesía y la aristocracia seducidas por las doctrinas del Renacimiento, pero alarmadas al ver que se agitaban los problemas religiosos y morales, y movidas, por ende, á mantenerse fieles á la ortodoxia, á condición de que ésta se mostrara acomodaticia.



Zuinglio. Cuadro de Hans Asper, existente en la Biblioteca municipal de Zurich

los hombres del Colegio real permanecían en una actitud reservada, semi-indiferente: no combatían el catolicismo, pero lo juzgaban en su fuero interno y sólo una cosa le pedían, que no se ocupara de ellos. Su criterio era: la erudición y la filosofía libres dentro de la Iglesia ó al lado de la Iglesia, y este criterio tiene su expresión en el *Pantagruel*, de Rabelais, que apareció precisamente en 1532.

El resto de la población, es decir, la inmensa mayoría dividíase en dos grandes grupos, en los cuales trataron de influir los protestantes y los católicos militantes: por un lado, el pueblo y la pequeña burguesía, sin gran instrucción, sin ideas personales, dispuestos en su

Varias causas favorecían, en el entretanto, los progresos del protestantismo. En primer término, su desarrollo en el extranjero. Después de 1530 la Reforma no es ya un conjunto de opiniones sospechosas y de temeridades individuales, sino que ha demostrado su fuerza y se ha convertido en un gran hecho europeo. Ahora bien: la Iglesia, aunque la combate, no ha organizado todavía metódicamente la resistencia, porque el papa tiene puesta casi por entero su atención en sus preocupaciones políticas, agravadas por la rivalidad de Carlos V y Francisco I, y los que le rodean tienen á lo sumo un instinto vago de una contra-reforma posible y á veces hasta piensan en atraerse al protestantismo y por consiguiente en tratarle con ciertas consideraciones. Cada cual obraba y combatía sin dirección.

(1) Véase lo que hemos dicho en las págs. 216-217.

Además había en Francia universidades que no eran hostiles á la Reforma, por ejemplo, las de Grenoble, Tolosa, Orleáns y Bourges. En esta última las nuevas ideas se habían propagado tanto más fácilmente cuanto que habían sido favorecidas por la protección de Margarita y aun de su madre, á lo menos durante algún tiempo: Miguel de Arande había predicado en la ciudad con autorización tácita del rey, reuniendo en ella un auditorio numeroso, y el erudito Alciato, que desempeñaba allí una cátedra, estaba en relaciones con Erasmo y, á pesar de su mucha prudencia, aportaba á las cuestiones religiosas cierta libertad de espíritu. En Orleáns, el alemán Wolmar, uno de los profesores de la Universidad y hombre de espíritu activo y resuelto, había alcanzado cierta influencia. Por último, entre la juventud escolar se contaban muchos estudiantes atrevidos.

Las condiciones de organización política facilitaban la propaganda: la centralización no era completa, sino que existían varias universidades y varios parlamentos, la voluntad real no llegaba á las extremidades del país más que por conducto de intermediarios de toda clase, varias provincias y ciudades conservaban algunos vestigios de administración libre, y aun subsistían algunas posesiones feudales con ciertos derechos de justicia. Además, como el protestantismo era un hecho nuevo, durante mucho tiempo no hubo legislación contra él y fué preciso crearla poco á poco, lo mismo que el procedimiento, pues no se sabía si la persecución y el fallo correspondían á los tribunales eclesiásticos ó á los seculares. Finalmente, como el mismo rey estuvo tanto tiempo vacilante, casi nunca hubo lógica y acuerdo en la represión, y aunque el partido católico consagró todos sus esfuerzos á que los hubiera, apenas lo consiguió á fines del reinado.

Con frecuencia vemos á Francisco I obligado á declarar que ciertas ordenanzas serán aplicadas en las jurisdicciones de parlamentos que no las creían aplicables en ellas ó que daban esta excusa para sustraerse á las mismas. Basta la indiferencia ó la tolerancia de magistrados municipales, de un señor ó de un funcionario real para que el protestantismo se desarrolle libremente durante algún tiempo. Las ordenanzas repiten que los diferentes funcionarios locales serán rigurosamente responsables de su negligencia, y varias administraciones seculares se ponían á veces en contradicción con el poder eclesiástico, como sucedió en cierto número de consulados del Mediodía. De modo que cualquiera puede ponerse en salvo, casi siempre con tal de abandonar el lugar en donde le conocen y en donde ha estado expuesto á las primeras persecuciones; y una vez acogido en una de esas pequeñas villas aisladas, tan numerosas, ó en una de esas casas solariegas perdidas en el campo, ó en un priorato en donde tenga amigos, no tarda en ser ignorado. Calvino, aun después de la manifestación de 1533, parece haber caído en el olvido en cuanto consiguió, sin gran trabajo, huir de París. Después de su fuga vivió en Saintonge y en Angulema, en donde apenas se vió obligado á tomar algunas precauciones para ocultarse, y luego regresó al mismo Noyón.

En estas condiciones comenzó á constituirse, después de 1530, una Francia protestante (1).

(1) Hauser, *La propagation de la Réforme en France*, «*Revue des cours et conférences*,» 1894.

En el Norte, encontramos protestantes en Meaux, Noyón y Amiéns. En París existió muy pronto algo más que una agrupación, casi una pequeña iglesia (2) que se componía de letrados, estudiantes, hombres de la clase media y gente del pueblo y que tenía su centro en el barrio latino, en medio de los numerosos colegios que rodeaban la Universidad. En 1534, figuran entre los herejes presos ó condenados, el hijo de un zapatero, un albañil, un estuchista, un sastre, un gorrero, muchos libreros, iluminadores é impresores, plateros, pintores, el rico mercader Esteban de la Forge, etc., casi todos conocidos unos de otros.

En Normandía (3) y en el ducado de Alenzón, que con ella confinaba, predicóse la Reforma desde 1524. La situación particular del segundo, que pertenecía á Margarita, permitió á Miguel de Arande y á Pedro Caroli introducir en él las nuevas ideas, hasta el punto de que en 1530 un reformado alemán calificaba á Alenzón de «pequeña Alemania.» En cuanto á Normandía, la Reforma se propagó muy pronto en toda ella, en el Cotentin, en las diócesis de Lisieux y de Bayeux, en Caén, en el Havre, en Dieppe, en el país de Caux y sobre todo en Ruán, y los suplicios no hicieron más que favorecer sus progresos: Lecourt, párroco de Condé-sur-Sarthe, fué quemado en Ruán en 1533; Huchon y Geoffroy du Coudray, en 1535; y Le Blond en Dieppe, en 1534. Hasta el año 1547 sucedieron casi sin interrupción los autos de fe, perteneciendo al clero muchas de las víctimas. A pesar de la persecución, á fines del reinado estaba constituida en Ruán la iglesia reformada.

Orleáns y Bourges eran los dos focos de la Reforma en el centro, gracias á sus universidades; el mismo clero habíase, en parte, adherido á las nuevas creencias y la reforma orleanesa parecía suficientemente desarrollada para que en 1528 se pensara en Estrasburgo en enviar á aquella ciudad un pastor. En aquella misma época el obispo de Chartres se veía obligado á hacer pesquisas para encontrar á los poseedores de los libros nuevos procedentes de Alemania.

En el Sudoeste encontramos sólo algunos gérmenes allí depositados antes de 1535, y si bien hubo un principio de propaganda allá por el año 1526, fué enteramente aislada y excepcional en el Poitou, en el Aunis, en la Saintonge y en la Guiena (4). En cambio, el Langüedoc siguió desde muy pronto el impulso recibido de París ó de Alemania. En la Universidad de Tolosa reinaban gran movimiento y agitación, y en la ciudad y en la región había gran número de agustinos en quienes podían hacer presa las ideas de Lutero, sin contar con que aún quedaban allí toda clase de vestigios de la doctrina albigense. En la lista de sospechosos detenidos en 1531 por orden del Parlamento de Tolosa, que fué terrible para los innovadores, encontramos abogados, procura-

(2) Doumergue, obra citada, págs. 233 y siguientes.

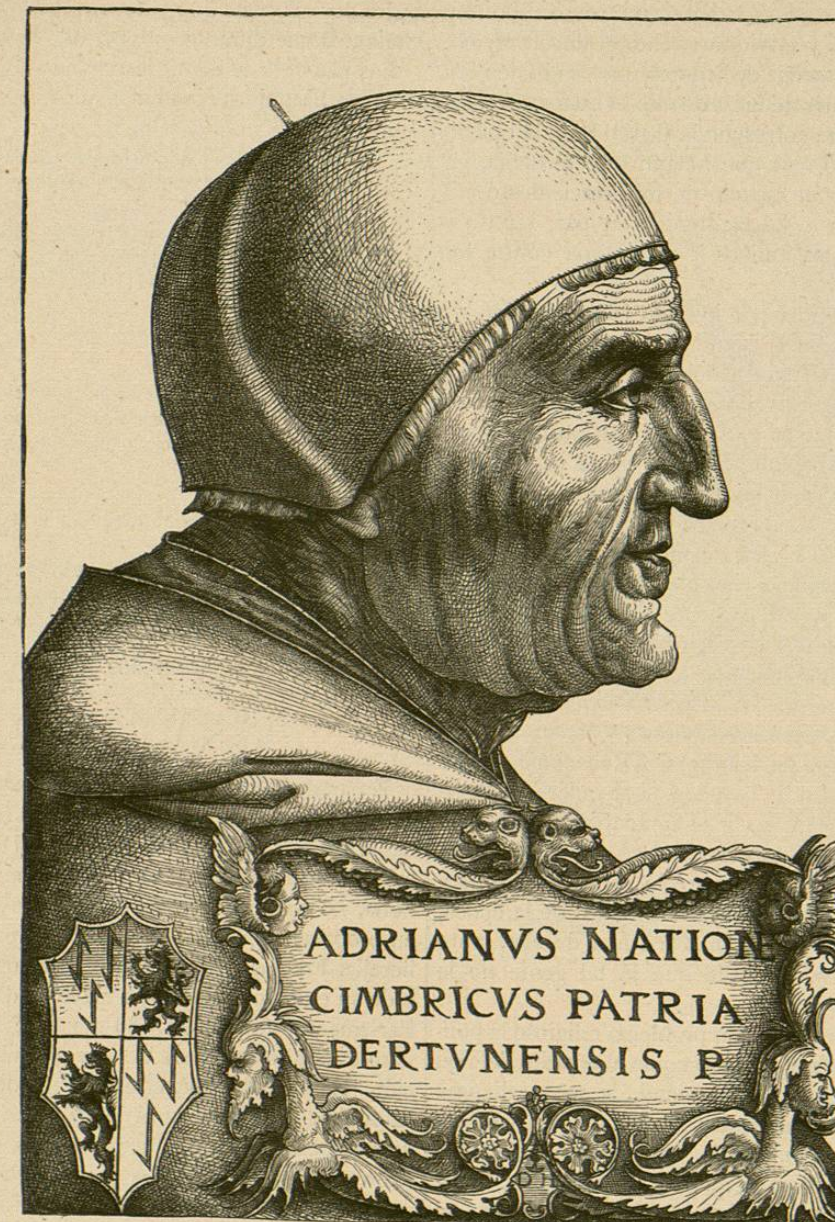
(3) Oursel, *Etude historique sur la Réforme en Normandie... au temps de François I.* «*Position des Thèses de l'Ecole des Chartres*, 1899. Douen, *L'imprimeur Simon Dubois et le réformateur P. Caroli, 1529-1534*, «*Bulletin de la Société d'histoire du Protestantisme*,» tomo XLV, 1896.

(4) Gaullier, *Histoire de la Réformation à Bourdeaux et dans le ressort du Parlement de Guyenne*, tomo I, 1523-1563, 1884. U. de Robert-Labarthe, *Histoire du Protestantisme dans le Haut-Languedoc*, etc., dos volúmenes, 1895 y 1896. A. Puech, *La Renaissance et la Réforme à Nîmes*, 1893.

dores, religiosos y profesores de las diferentes facultades, entre ellos Boyssonné y algo más adelante el heroico Juan de Caturce de Cahors, que fué quemado en 1532. En Castres, un franciscano había predicado las doctrinas heréticas durante la Cuaresma de 1532. En Nîmes, un agustino había «alimentado á los habitantes de la ciu-

mismo que de Italia, la Reforma penetró bastante pronto.

Pero todos estos no son sino unos pocos puntos ocupados en la extensión total del país, y hasta en las ciudades en donde se ha introducido el protestantismo los protestantes sólo constituyen una pequeña minoría; en



Adriano VI. Facsimile de un grabado en cobre de Daniel Hopfer

dad *pabulo caritatis* y con buena doctrina evangélica; preso por orden del Parlamento de Tolosa, fué, al parecer, defendido por los magistrados nîmeses (1).

En Provenza, probablemente hubo protestantes después de 1530, puesto que un edicto de 1536 ordena el embargo de todos los bienes de los herejes que no hubieran sido todavía confiscados. En Lyon, en donde había tantos humanistas y que recibía frecuentes visitas de extranjeros procedentes de Suiza ó de Alemania, lo

París tal vez no lleguen á tres ó cuatrocientos, y en las demás poblaciones la iglesia reformada se compone de treinta ó cuarenta fieles.

De manera que seguía dominando el catolicismo, aunque amenazado, ya que el problema de los destinos religiosos de Francia se agitaba de un extremo á otro del reino.

Francisco I no podía diferir ya el adoptar una resolución, y esta fué la de entregarse al catolicismo ortodoxo; pero no lo hizo, durante algunos años todavía, sin reservas en su espíritu y sin tergiversaciones en su conducta.

(1) Hauser, *Nîmes, les consulats et la Réforme*, «*Bulletin de la Société du Protestantisme*,» tomo XLVI, 1897.

En 1535 el embajador de Venecia escribe: «El rey cristianísimo hace profesión de ser un excelente cristiano.» Y lo era, sobre todo, por tradición monárquica; en efecto, ¿no se le consideraba como el sucesor de Clodoveo (1)? Al igual que sus súbditos, creía que Dios protegía de un modo particular á Francia, y dirigiéndose á los notables declaraba que les hablaba «no como rey y señor á sus súbditos y servidores, sino como súbdito y servidor á súbditos y servidores como él de un rey común, rey de reyes y señor de señores, que es el Dios Todopoderoso. Después deducía de ello el honor, reverencia y obediencia que corresponde al gran Rey, la obligación que este reino más que ningún otro le debía, en vista de que ya en el espacio de mil trescientos ó mil cuatrocientos años lo ha mantenido en paz, reposo y tranquilidad con los amigos y en victoria contra los enemigos.»

Además comprendía por instinto la repercusión de las cosas religiosas en la política, y bien lo demuestra la insistencia de los reformadores en tranquilizarle sobre este particular. Zuinglio escribía en 1525: «No os dejaréis arrastrar jamás por esa opinión en que cierto personaje se ha esforzado por hacer caer á vuestra ilustre madre, á saber, que es preciso oponerse á la doctrina del Evangelio como perturbadora de la paz, puesto que en Alemania todo está trastornado... Creedme, oh rey muy ilustre, en todas partes en donde los magistrados no se esfuerzan por contener el libre curso de la palabra, las gentes de bien están de acuerdo con ellos (con los reformados alemanes).» Calvino reanudará este tema en su prefacio de la *Institución Cristiana*.

Pero Francisco I, por sus aficiones y por su carácter, fué al mismo tiempo un hombre del Renacimiento: sus simpatías, el impulso de la moda, si se quiere, le llevaban hacia los humanistas y le agradaba decirse y ser Mecenas de éstos. En sus escritos, en sus conversaciones, había adquirido ese desprecio hacia la gente monacal y sorbónica, que es tan característica de la época, y no le disgustaba que se hablara mal de ella, tanto más cuanto que comprendía que la tal gente no le quería.

Intervenía finalmente en el problema religioso la política, tan complicada y variable como el espíritu del rey; por una parte existía la necesidad de tener alianzas protestantes con el emperador, y por otra la necesidad de no enajenarse la amistad de los católicos. El embajador veneciano dice en 1535: «Sin embargo, Su Majestad conserva una amistad más estrecha que nunca con todos los príncipes luteranos por un solo motivo, cual es el de apoyar á los enemigos de César;» en cambio, nunca dejó de pensarse en una aproximación al emperador, en interés del catolicismo.

Por último, la Sorbona con sus excesos y los luteranos con sus pasiones á veces imprudentes, hacían que

(1) Una inscripción compuesta con ocasión de una ceremonia católica decía:

«El rey Clodoveo, por la bondad inmensa, recibió en otro tiempo del cielo las flores de lis, después que hubo tenido conocimiento de la Fe.»

Y el estribillo era:

«Francia florece sobre todas las naciones.»

el rey, hombre muy impresionable, adoptara las determinaciones más contradictorias, según el día y los incidentes.

II.—Calvino (2)

Así se explican las fluctuaciones de los años 1533-1536, por extraños que parezcan los desordenados movimientos que durante este período se realizaron.

Las pasiones se iban exasperando. Los católicos distribuyen pasquines como el siguiente:

«Roguemos todos al Rey de Gloria que confunda á esos perros malditos, á fin de que de ellos no quede memoria, como no queda de viejos huesos podridos. ¡Al fuego, al fuego! ¡Esta es su marca! ¡Hay justicia en ellos! ¡Dios lo ha permitido!»

Marot responde:

«Al agua, al agua esos locos sediciosos... El rey es un poco demasiado benigno con ellos: ¿por qué no ha arrojado esas sectas locas al agua?»

Algún tiempo después se atreverá á escribir:

«Ven á ver, ven á ver la bestia sin razón (el papado), ven en seguida á verla con su triple cresta, todavía no caída, pero muy próxima á caer.»

Y los estudiantes reformados cantan:

«La Sorbona, la mojígata, la Sorbona se callará.»

En 1533 hubo en París gran efervescencia: invitado por el rey y por la reina de Navarra, Gerardo Roussel había predicado con gran éxito en el Louvre durante la Cuaresma, lo cual puso en gran conmoción á la Sorbona, no habiendo tenido reparo un amigo de Beda en propalar respecto del rey y de la reina sospechas de herejía. Francisco I se declaró en favor de su hermana y de su cuñado, y en 16 de mayo Beda, citado ante el Parlamento, fué desterrado á veinte leguas de París; pero este fallo fué causa de una tumultuosa manifestación religiosa: la muchedumbre acudió al colegio de Montaigu para aclamar á Beda y en todas partes se fijaron pasquines que fueron leídos con pasión; las masas hacían sentir el peso de su fuerza.

No se limitaron á esto los católicos, sino que al reanudarse los cursos en octubre, hízose representar en el Colegio de Francia una pieza satírica en la que la reina Margarita cedía á las instancias de una Megeza, nombre alusivo á M(aese) G(erard) (3), recibía de ella el Evangelio y colmaba de crueldades á desgraciados y á inocentes. El rey no podía tampoco dejar impune semejante impertinencia, así es que, por orden suya, el Preboste de París mandó registrar el colegio y prender

(2) Véase Doumergue, que indica la bibliografía. A. Lefranc, *La jeunesse de Calvin*, 1888.

(3) Gerardo Roussel.

Para comprender la alusión hay que tener en cuenta que la pronunciación de la palabra francesa *Mègère* (nombre de una de las tres Furias) es parecida á la de las letras *M* y *G* juntas. — (*N. del T.*)

á los escolares actores, cuyos compañeros apedrearón á los soldados encargados de capturarlos.

Entonces la facultad de Teología llevó sus ataques al terreno jurídico, y habiendo Margarita publicado la segunda edición del *Miroir de l'âme pécheresse* (*Espejo del alma pecadora*), impreso por vez primera en 1535 en Alenzón, los teólogos, que tenían el derecho de fiscalización de los libros, aprovecharon de la circunstancia de ser anónima la obra para prohibir su lectura, en vista de lo cual Margarita se declaró autora de la misma y reclamó ante el rey, quien escribió á la Universidad. Entonces se vió que ésta se hallaba dividida, aun cuando la gobernaran los violentos: Nicolás Cop, que acababa de ser nombrado rector y que era favorable á las nuevas ideas, convocó á las distintas facultades y ante la de Artes censuró la audacia de los teólogos que sólo constituían una parte de la Universidad y pretendían obligar á ésta sin su consentimiento. La facultad de las Artes declaró «que el libro no había sido condenado, ni siquiera visto por ella;» las otras, más vacilantes, comprendieron, á pesar de esto, la necesidad de dar satisfacción al rey, de suerte que se revocó la sentencia y se redactaron letras de excusas.

Triunfaron, pues, los moderados por los excesos de sus adversarios; pero en el mismo momento, Francisco I celebraba en Marsella una entrevista con el papa Clemente VII para estrechar la alianza entre Francia y la Santa Sede y concertar el matrimonio de Catalina de Médicis, sobrina del Sumo Pontífice, con el hijo segundo de Francia; de manera que se puso del lado de la acción católica. Y en una carta dirigida á los berneses que habían intervenido en favor de algunos reformados, hacía la declaración siguiente: «Nos, deseando la conservación del nombre de rey cristianísimo que nos han conquistado nuestros predecesores, no tenemos en el mundo nada que tanto nos interese como la extirpación y entera abolición de todas las herejías.»

En tales circunstancias entró en escena Calvino, á propósito del discurso que Nicolás Cop había de pronunciar con motivo de la reapertura del curso universitario.

Juan Calvino (su verdadero nombre era Cauvin) había nacido en Noyón en 10 de julio de 1509. «No ha habido población más enteramente picarda que Noyón; ninguna ha realizado mejor que ella esa mezcla de espíritu frondista y de dogmatismo obstinado que es la característica de aquella región. Los laicos mostraron constantemente una hostilidad sorda enfrente del elemento eclesiástico... Toda aquella sociedad de gente de pluma y de procuradores que las corporaciones religiosas mantenían, favorecía de todas maneras el espíritu progresivo (1).»

Calvino era genuinamente picardo y noyonés por sus antepasados paternos, y su padre, Gerardo Calvino, pertenecía precisamente á esa clase media mezclada con la nobleza y con la Iglesia, de las cuales á menudo vivía, sin por esto estar animada del espíritu eclesiástico. Gerardo Calvino fué notario apostólico, procurador fiscal, amanuense en el tribunal eclesiástico, secretario del obispado y promotor del cabildo; era hombre de negocios, se enredó en la administración de los bienes

(1) A. Lefranc, obra citada, pág. 25.

del clero que le estaba confiada, cometió tal vez actos equívocos, comprometió su fortuna, riñó con sus mandantes, originando toda clase de contiendas y empleando todos los recursos de los procedimientos, y acabó por dejar á su muerte (1531) una situación si no llena de deudas, por lo menos difícil. Durante algún tiempo, sin embargo, habíase encontrado en buena posición, como lo prueba el hecho de haber colocado á su hijo en casa de la noble familia de los Hangest y de haber obtenido para él beneficios eclesiásticos. Probablemente ejerció sobre el carácter de Juan alguna influencia, mi-



Clemente VII

tigada, por otra parte, por la circunstancia de haberle tenido muy poco á su lado.

En efecto, Calvino no permaneció en Noyón más que hasta septiembre ó octubre de 1523, y á pesar de haber obtenido en 1521 la capilla (2) de la Gesina en la iglesia catedral y en 1527 el curato de Marteville, que en 1529 permutó por el de Pont-l'Évêque, cercano á Noyón, nunca volvió á visitar con regularidad su villa natal y cuantas veces estuvo en ella permaneció allí muy cortas temporadas. Fuera de Noyón, pues, se formó su inteligencia y se desarrollaron sus ideas, habiendo sido hasta 1535 principalmente discípulo de los universitarios ó de los humanistas y reformadores franceses ó alemanes.

Cuando llegó á París, á fines de 1523, habíase iniciado ya el Renacimiento, y su primer maestro en el colegio de la Marche, Mathurin Cordier, era partidario de la

(2) Esto le daba el derecho de decir las misas para las cuales había sido fundada la capilla y de percibir la retribución correspondiente á ellas. Calvino, que era demasiado joven, tenía un delegado con quien compartía los beneficios de la capilla.